

YO SIEMPRE HE SIDO GALLO. RECUERDOS DE SECUNDARIA UAA, 1994

Juan Carlos Díaz López¹

Siempre que puedo y que se da la ocasión, me gusta decir que yo siempre he sido gallo. Ingresé a la Universidad Autónoma de Aguascalientes en el año de 1994 a la entonces Secundaria UAA, y por estos días estoy a punto de concluir, en un lapso de veinte años, una maestría. He pasado por todas las aulas que esta honorable institución ha tenido y quizá, si hubiera existido una primaria o hasta un preescolar, ahí debería de haber estado.

Sin embargo, de todos los recuerdos acumulados, por dos razones fundamentales tengo más presente mi estancia en la secundaria que el bachillerato, el grado o el posgrado; la primera de ellas es que, como escribía Jorge Manrique, todo tiempo pasado fue mejor, y en esos años, todo lo que sucedía era fantástico y nuevo. Lo primero que recuerdo de mi ingreso en la Secundaria fue la elección de los

1 Licenciado en Letras Hispánicas, actualmente alumno de Maestría en Investigaciones Sociales y Humanísticas en la Universidad Autónoma de Aguascalientes.

deportes y los talleres que debería cursar, en cuanto a deportes no recuerdo qué elegí, porque a la fecha sigue siendo algo de trámite. Sin embargo, un primer taller que cambió mi vida y que aún siento que es fundamental para mi vida fue el de Mecnografía. Y con la habilidad obtenida ahí, escribo ahora estas líneas.

Recuerdo con gusto ese taller porque al día de hoy, mientras redacto estas líneas, me imagino cómo sería mi vida si la maestra Rosy –que debo pedir de antemano una disculpa porque con tristeza no voy a recordar, veintitantos años después, los apellidos de muchas personas importantes para este relato y para mi vida–, no me hubiera regañado por hacer trampa y ver por debajo del cubre-teclado de la enorme máquina, en la que yo repetía una tras otra enormes letanías que me ayudaban a memorizar el lugar de las letras, y que hacen que el día de hoy pueda, con orgullo, escribir con facilidad en el teclado de mi computadora.

Sentado allí, en la máquina con un cubre-teclado que elaboré precariamente con una servilleta de cocina que mi madre me regaló para tal motivo, y siguiendo el *Método Treviño de Mecnografía al Tacto Abierto*, pero sin prestarle atención, podía ver hacia fuera de la secundaria porque, en esos tiempos de inocencia, las bardas que la rodeaban apenas estaban al límite de las ventanas, de tal forma que el mundo transcurría con normalidad, mientras yo tecleaba en aquellas enormes máquinas Olympia, que de vez en vez se tenían que abrir para reparar pequeños desperfectos. ¿Por qué deberían ser más altas las bardas si la puerta estaba abierta de par en par? Uno podía salir y entrar cuando quisiera, éramos parte de la comunidad que vivía en el barrio de la Purísima y nos mimetizábamos con ella.

La maestra Rosy recorría los pasillos del salón y revisaba nuestras hojas de máquina, estaba prohibido utilizar corrector así que se tenía que hacer con precisión y cuidado. ¿De qué me va a servir esto?, pensaba mientras seguía escribiendo, mi pequeña visión no alcanzaba a entender que, en poco, la revolución de las computadoras nos exigiría el conocimiento del teclado y de la técnica. Lo que sí podía ver a través de esas bardas eran algunos negocios locales; el primero de ellos, que ahora recuerdo con nostalgia y alegría infantil,

era la lonchería “La Chatita”. Salíamos entre recesos o, ¿por qué no decirlo?, cuando nos íbamos “de tinta” y nos saltábamos algunas clases para comprar tortas o aguas frescas. Me encantaba sentarme en esas mesas de la *Coca-cola* a beber agua de limón con chía, o aun con más cariño recuerdo las galletas saladas que preparaban con mayonesa, jamón y aguacate y, además, ponían sobre la mesa la caja abierta para que uno pudiera despacharse todas las galletas adicionales que quisiera.

No me gustaban las copas “chabelas”, pero uno podía darse el lujo de pedir las en bolsa y con popote entre clase y clase de Matemáticas, que el maestro Pepito impartía con singular alegría, mientras llenaba el pizarrón con números y operaciones y, sobre todo, cómo olvidar que en la esquina derecha colocaba siempre la fecha del día y debajo de ella, un cometa con una estrella. Mis cuadernos de aquella época están rebosantes de fechas idénticas (quizá en una copia mala) de las que hacía el maestro. En ese entonces el maestro ya era un adulto mayor, pero tenía más energía de la que nosotros teníamos siendo adolescentes.

También de ese lado de la calle estaban los boleros que daban grasa a los zapatos, en ese tiempo yo sólo utilizaba tenis porque en esa secundaria no necesitábamos uniformes; sin embargo, todos los boleros que estaban sobre esa banqueta decoraban el entorno, lo hacían también los puestos de tacos de tripas que se ponían en la contraesquina, justo frente a una funeraria. Si uno se paraba en uno de los dos pequeños jardines que estaban dentro de las instalaciones, podía ver la máquina del tren que aún reposa sobre esa plancha de cemento. No había parque, sino una calle que no era muy transitada, así que ahí se podía jugar fútbol sin problema. En el otro lado un árbol de moras daba munición para manchar las camisas durante uno o dos meses al año. Había también unas bancas azules donde la prefecta Lupita nos mandaba cada que algún maestro no podía darnos clase, que, para tristeza nuestra, no eran los más.

Recuerdo también que solamente había una cancha que en ese tiempo compartían seis grupos. Cada cincuenta minutos aquello parecía un hormiguero. Algunos compañeros jugaban a tomar

un balón de futbol y patearlo con suficiente fuerza para golpear a alguien, con el pretexto de que se lo estaban pasando a alguien que estaba del otro lado de la cancha. Cuando esto sucedía, se podía ver a la maestra Adelina Alcalá caminar molesta y reprender a los infractores; no era común verla así. Me gustaba más la pasión que transmitía siempre que hablaba de literatura. Quizá ella sea en parte, junto con quien merece mi mayor admiración y que conocí después durante mi paso por el bachillerato, el licenciado Salvador Gallardo, el hijo, quienes inculcaron este amor que siento por las letras, los relatos, los cuentos que aburrían a algunos de mis compañeros, pero que a mí en lo particular me encantaban. Aún con nostalgia guardo algunos libros de aquellas épocas, algunos de texto escritos por la maestra Adelina Alcalá y el maestro Jorge Ávila Storer, a este último lo conocí durante mi estancia en la Universidad, en la carrera de Letras Hispánicas, quien tiene mi admiración y cariño.

Sin embargo, esta historia de un poco más atrás, de cuando, como decía, uno podía darse el lujo de escaparse de algunas clases para ir también al tianguis de la Purísima, comprar alguna chuchería o un casete pirata. Esto fue antes de conocer a quien sería mi primer proveedor de discos, el maestro Fernando Edrehira, quien me pedía que le mandara un bípé recordándole que llevara a su clase de música de los jueves, algún disco que me prestaría o una partitura de Eric Clapton, que en ese entonces resultaba complicado conseguir. Su buena voluntad y excelente ánimo me hacen pensar en él y en esa eterna juventud que tiene. Recuerdo también al maestro Jesús Cedillo, quien se esforzaba porque nosotros, un grupo de veinte adolescentes pudiéramos cantar una canción de John Lennon, o por lo menos que nos lo tomáramos en serio porque, en esos años, sólo pensábamos en jugar. Años después toqué en alguna ocasión con el ensamble Real de Jóvenes Universitarios que él organizó y dirigió durante mi bachillerato, lo he visto, y al igual que Fernando, se alimentan de la música y se ven igual que como hace veinte años.

Durante la secundaria estuve siempre en el grupo vespertino, así que teníamos que tomar algunas clases en la mañana, y aprovechar para ir a la cafetería que estaba en la esquina justo a un lado de

donde jugábamos a “La babosa”, que consistía en arrojar una pelota a la pared y quien no pudiera tomarla, se hacía merecedor de puntapiés hasta que tocara la pared. Vi todas las evoluciones de ese juego hasta arrojar zapatos contra el contrincante. Comprábamos con “Doña Chabe” pizzas de tres mil pesos, bañadas en guacamole, una delicia, me gustaba acompañarlas con una Coca-cola pequeña en bolsita que costaba mil pesos. Había gorditas, tacos, quesadillas y una infinidad de comida que aun de recordar sigo saboreando. Eventualmente “Doña Chabe” se convirtió en la maestra de cocina y afortunadamente podía transmitir todo ese conocimiento.

Yo, como he relatado, estaba sumergido en mi Taller de Mecanografía donde a veces veía con envidia a mis compañeros hacer instalaciones eléctricas en paneles que llevaban a clases, focos que prendían y apagaban al conectarlos con pilas y un montón de metros de cable. No sabré si la electricidad hubiera sido mi pasión, nunca entré a ningún taller. Lo que sí recuerdo y que además sé que fue mi pasión fue la lectura. Había una pequeña biblioteca en la secundaria, y recuerdo que leí con vehemencia una colección de grandes obras de la literatura en pequeños volúmenes que incluían *La Odisea*, *El Quijote*, *Veinte mil metros de viaje submarino* entre otros tantos que el bibliotecario Candelas me hacía favor de prestar y, además, de recomendar el siguiente título de la lectura. Sin embargo, también hay que reconocer que la biblioteca sólo era el punto de castigo, ahí terminábamos cuando algún maestro no nos soportaba y decidía sacarnos de clase y mandarnos a la biblioteca.

Ahora bien, la segunda razón por la que me parece mi estancia en la Secundaria de la Universidad la mejor etapa de mi vida, es porque ahí conocí a quien sería mi esposa y madre de mis hijos. Entre esas bancas azules, árbol de moras, biblioteca, máquinas de escribir, tableros de electricidad y recuerdos adolescentes nos conocimos y decidimos, quizá sin saberlo del todo, que estaríamos juntos. Después de veinte años todo ha cambiado, menos mi sentimiento por lo que ahí sucedió, y, sobre todo, mi admiración por todas esas personas que me formaron de alguna u otra manera, porque al final del día la Universidad no es más que eso, un grupo de personas.



Fototeca UAA. Logo del Campus Central UAA.